

USAL  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR

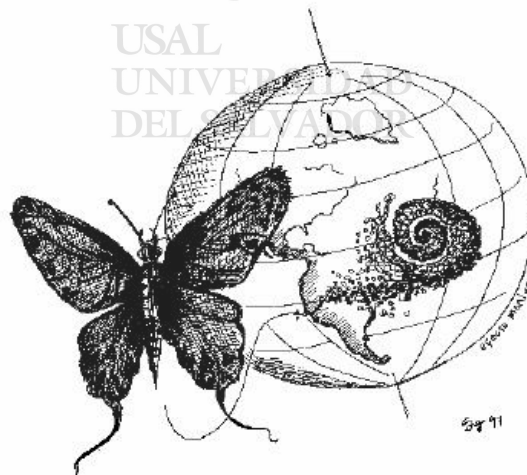
Universidad del Salvador  
Facultad de Ciencias Sociales  
Escuela de Relaciones Internacionales

## Tesis de Licenciatura

Mariana S. Batiuk

### *El terrorismo internacional del 11-S y su contribución al equilibrio del orden internacional.*

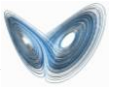
Los atentados perpetrados por Al Qaeda el 11 de septiembre de 2001, en Estados Unidos, y la evolución del fenómeno hacia 2016. Un análisis desde la perspectiva de la Teoría del Caos y el Efecto Mariposa.



7 de junio de 2018

Contacto: [mariana.batiuk@gmail.com](mailto:mariana.batiuk@gmail.com)

Profesor Tutor: Mg. Mauro Vega

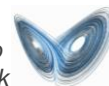


---

USAS  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR

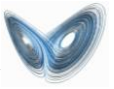
*«Las nubes no son esferas, las montañas no son conos, las costas no son círculos, las cortezas de los árboles no son lisas, ni los relámpagos viajan en línea recta.» (Benoît Mandelbrot, 1982: 1)*

---



## Índice

1. Introducción .....	p. 3
1.1 Problema de investigación .....	p. 5
1.2 Indagaciones preliminares .....	p. 6
1.3 Objetivos de la investigación .....	p. 10
1.3.1 Objetivo general .....	p. 10
1.3.2 Objetivos específicos .....	p. 10
1.4 Marco teórico .....	p. 11
1.5 Diseño metodológico .....	p. 20
1.5.1 Muestreo .....	p. 20
1.5.2 Operacionalización .....	p. 21
1.5.3 Técnicas de recolección de datos .....	p. 22
1.5.4 Técnicas de análisis de datos .....	p. 22
2. La Teoría del Caos: postulados teóricos fundamentales .....	p. 23
2.1 Sistemas dinámicos y deterministas .....	p. 23
2.2 Entropía .....	p. 24
2.3 Fractales .....	p. 25
2.4 Sensibilidad a las condiciones iniciales (efecto mariposa) .....	p. 27
2.5 Atractor extraño .....	p. 27
3. El orden de la posguerra fría .....	p. 29
4. 11-S: la armonía se resquebraja .....	p. 33
4.1 Reordenando el sistema: la política antiterrorista de Estados Unidos .....	p. 39
4.2 El equilibrio del sistema a largo plazo: reconociendo el atractor extraño .....	p. 46
5. El efecto mariposa y la propagación del terror .....	p. 57
6. Sin violencia no existe orden .....	p. 62
6.1 El orden de Oriente .....	p. 66
7. Conclusiones generales: nada se destruye, todo se transforma .....	p. 71
8. Referencias bibliográficas .....	p. 74
9. Anexos .....	p. 88



## 1. Introducción

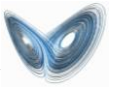
---

Ante el escenario multifacético, multidimensional, oscilante e interdependiente de los procesos y fenómenos globales, los enfoques dominantes en el campo de las relaciones internacionales resultan insuficientes para explicar la dinámica contemporánea, en tanto que sus postulados no logran desarrollar lineamientos teóricos y metodológicos acabados para dar cuenta de las cualidades identitarias ontológicas de las fuerzas terroristas transnacionales.

En este sentido, los desarrollos de la Teoría del Caos contribuyen a aportar un marco teórico que complementa los estudios de la Teoría de las Relaciones Internacionales. En concreto, esta nueva tesis postula que el caos no debe interpretarse como el vacío de orden, sino como un «cierto tipo de orden de características impredecibles, pero descriptibles» (Durán Ruiz, 2009); es decir, el orden dentro del desorden, en tanto que el caos oculta intrínsecamente mecanismos de orden. Por consiguiente, los fenómenos pueden parecer fortuitos cuando, en realidad, poseen un elemento de regularidad. Y, si bien los sucesos se muestran a simple vista como fragmentados y desconectados, eventualmente emerge un patrón por el que todas las piezas del tablero encajan.

En el ámbito del multilateralismo, los Estados comparten un conjunto de reglas, normas y valores, que llegan a cristalizarse en organismos y regímenes de cooperación, herramientas de orden internacional. De este modo, la tradición, que se traduce en prácticas de identificación colectivas, rechaza la diacronía y pretende expresar una verdad inmutable, aquello que se conoce. Por lo tanto, ha de estigmatizar lo novedoso, juzgándolo como un error en la historia y una fuente de desorden social (Balandier, 1998).

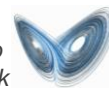
El modelo de orden internacional surgido del escenario de la posguerra fría alcanzó su colapso con el derribamiento de las Torres Gemelas y los ataques al Pentágono, el 11 de septiembre de 2001, en Estados Unidos. Aquella fecha significó un punto de inflexión a partir del cual la organización transnacional liderada por bin Laden, una red clandestina de accionar incierto, exteriorizó en atentados su oposición categórica y enérgica a las prácticas; los objetivos; las directrices políticas, económicas y militares y la ideología liberal de Estados Unidos, así también como su disputa por el poder a la superpotencia más emblemática de occidente. En definitiva, se catalizó, en su máxima expresión, el rechazo a la injerencia occidental en el mundo árabe, a lo largo del siglo XX. Como ilustra el periodista y sociólogo Pedro Brieger: «El odio hacia Estados Unidos y el Estado de Israel es real y bin Laden “verbaliza” lo que la inmensa mayoría de los musulmanes “siente”» (Brieger, 2005: 9).



Es pertinente, al respecto, evocar la entrevista que concedió en 2012 la ex Secretaria de Estado Hillary Clinton, a la cadena estadounidense Fox News, en la que admitió que aquella organización terrorista remonta sus raíces hacia fines de la década de 1980, cuando un grupo de voluntarios árabes reclutados, entrenados, financiados y movilizados por Washington, se unió al movimiento de resistencia de los muyahidines para repeler la ocupación soviética en Afganistán. La posterior intervención norteamericana durante la Primera Guerra del Golfo en 1991, cristalizada en la Operación Tormenta del Desierto, sumado a la victoria de las fuerzas de la coalición y el fracaso de Irak y de los grupos islámicos que participaron de la contienda, alentó la práctica de las reivindicaciones por la vía subversiva y el alistamiento en movimientos sin referencias nacionales inmediatas (Pierre-Henri, 2004), cuyo objetivo fundamental es perpetrar atentados a fin de desestabilizar a la gran potencia norteamericana y allanar el sendero para la sublevación de la población árabe (Brieger, 2005).

De esta manera, la propia estrategia de Estados Unidos se volvió contra sí misma: Al Qaeda golpeó el corazón de occidente y este movimiento se “desordenó”, en términos de sus orígenes funcionales. En consecuencia, se visibilizó un fenómeno social que propició una nueva configuración sistémica impredecible, entrelazando a los distintos componentes de la estructura internacional en un todo globalizante (Arroyo Pichardo, 2001), y fue en ese momento que se gestaron las condiciones para que Estados Unidos formulara un nuevo esquema de ordenamiento que desembocó en una expresa y novedosa declaración de guerra: la guerra antiterrorista (Calveiro, 2012).

Aquello señala, entonces, que la dinámica del mundo actual ya no puede ser analizada desde una perspectiva lineal, donde la causalidad supone inexorabilidad. Por el contrario, implica adentrarse en una lógica sistémica que reconozca una perspectiva global con criterios de conectividad y multicausalidad; una comprensión holística de los procesos y los fenómenos internacionales.

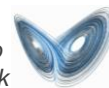


## **1.1 Problema de investigación**

En el marco de la estrategia antiterrorista impulsada por Estados Unidos, ¿en qué medida es posible controlar, determinar y pronosticar el comportamiento terrorista internacional a partir de 2001, siendo una fuerza transnacional que opera en modalidades asimétricas, difusas, reticulares y, en apariencia, erráticas y azarosas? ¿Cuál es el *orden* internacional subyacente al fenómeno dinámico, complejo y *desordenado* del terrorismo internacional, que irrumpió como tal luego de los atentados del 11-S?

Después de llevar a cabo una revisión generalizada de las publicaciones que ofrecen un panorama de la actividad terrorista en el corto y mediano plazo, se ha observado una tendencia a la aprehensión del fenómeno desde técnicas y modelos de predicción de los atentados con un estilo meramente probabilístico y estadístico. Aquellos se basan en la contabilización de la recurrencia histórica de los eventos, incurriendo en el peor de los casos a la extrapolación, además de que se ciñen a prejuicios socioculturales arraigados, parámetros que no responden a la cualidad maleable de la estructura organizativa y de las tácticas estratégicas seleccionadas por los grupos terroristas, en el contexto de la globalización y la revolución de las telecomunicaciones. En este aspecto, los análisis que se centran meramente en datos desatienden la comprensión de fenómenos que son, en esencia, dinámicos. No toda correlación significa causalidad, por tal motivo, aún con las bondades de las nuevas tecnologías, es mandatorio nutrir los resultados de análisis e interpretaciones por parte de científicos e investigadores profesionales (Rossell, 2014).

Por otra parte, la planificación de una estrategia antiterrorista debería considerar trasfondos más amplios que los del campo de la seguridad; existe una multiplicidad de factores – culturales, religiosos, étnicos o psicológicos – que influyen en el curso y la ejecución final de un atentado. Así, no existe una vía de acción inequívoca, racional y coherente a seguir cuando el número de organizaciones terroristas que operan en el sistema internacional es incalculable y se impulsan por diversos móviles, representando diferentes grados de amenaza. De manera que esta investigación aspirará a proporcionar un enfoque complementario a las herramientas de confección de pronósticos existentes, para el caso de un país que se propusiera ejecutar una política antiterrorista realista, equilibrada y efectiva. Porque, bien como señaló el académico y veterano de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) Paul R. Pillar (2001: 218), «el terrorismo ocurre; nunca se lo debería aceptar, pero siempre se lo debería esperar.»



## 1.2 Indagaciones preliminares

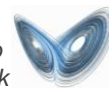
Según el enfoque de la interdependencia compleja, la revolución tecnológica, financiera, política y cultural del proceso de globalización facilitó la interconexión e integración de distintos puntos del planeta aunque trajo aparejado, como corolario, la erosión de la soberanía de los Estados, poniendo en jaque la capacidad de regulación y control sobre sus fronteras (Keohane y Nye, 1988).

Con los atentados del 11 de septiembre de 2001 a Estados Unidos, los riesgos entrañables del terrorismo internacional a la seguridad internacional y la estabilidad del orden internacional quedaron visibilizados. La necesidad y urgencia de abordar un fenómeno tan complejo y de estructura difusa suscitó un renovado debate académico que se desarrolló a lo largo de los últimos 16 años. En este nuevo contexto, se ha interpretado que el terror se dirime como el nuevo principio rector de una sociedad mundial que se ha desestabilizado.

En *“El terrorismo global como amenaza al orden internacional. El caso del Estado Islámico”*, Alice Martini (2016) sugiere que los grupos terroristas internacionales entrañan objetivos de constitución de una forma política alternativa que apunta a la reconfiguración de las relaciones hegemónicas. Ahora bien, mientras que los Estados más poderosos pregonan un orden internacional libre y justo, reconocer aquellas pretensiones políticas supone admitir que su reclamo es fundado y razonable. Más aún, al presentar una disyuntiva política al orden del sistema internacional, se corre el velo de la ilusoria afirmación que aclama que aquel orden es estoico, irrefutable y ahistórico.

Por consiguiente, como adjudicar legitimidad a sus reivindicaciones supondría tener que modificar la estructura del sistema – favorable a los intereses hegemónicos –, las potencias occidentales han convenido en conceptualizar al terrorismo como una «[...] violencia apolítica, bárbara e irracional, que no tiene otros objetivos que la violencia en sí» (Martini, 2016: 84). De esa manera, la amenaza al orden internacional queda contenida en la figura del terrorista islámico, un actor con objetivos exclusivos de violencia que sólo buscaría hacer daño dada su naturaleza radicalizada.

De manera análoga, Esther Barbé Izuel (2004) en su obra *“Orden internacional: ¿uno o varios? Neoimperialismo, caos y posmodernidad”* desarrolla una exhaustiva tipología sobre las modalidades en que se organiza el sistema y la sociedad internacionales, desde el punto de vista de la comunidad atlántica, según las capacidades de los Estados, los compromisos institucionales y los valores compartidos.



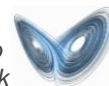
No obstante, identifica un fracaso del modelo de Estado-Nación westfaliano en algunas regiones, especialmente en ciertas zonas de África y Asia. De ahí que refina la definición del enemigo islámico, circunscribiéndolo al ámbito del Estado fracasado, un país debilitado y de escasa legitimidad interna e internacional, que no es capaz de suministrar bienes públicos a sus ciudadanos (Barbé Izuel, 2004). Este Estado desvanecido – al que la autora remite utilizando expresiones poco prometedoras como las de «prolegómeno del caos» (p. 26) o un «mundo sin ley» (p. 32) – otorga asilo a actores subestatales y terroristas, y alienta la proliferación del crimen transnacional que amenaza la estabilidad política del orden occidental.

En definitiva, Barbé Izuel exhorta a un vínculo directo entre los Estados fracasados y el terrorismo global, como si se tratara de una sola identidad constituida en corte dialéctico. Y no bastó demasiado para que el «mesianismo y el maniqueísmo» (p. 48) de Estados Unidos fragmentaran al mundo en 2002, en países buenos y países malos, estos últimos señalados como pertenecientes al «eje del mal» (p. 48), en tanto apoyarían al terrorismo.

Es extensa la bibliografía que se ha escrito en los últimos tres lustros para referirse al fenómeno contemporáneo del terrorismo internacional. Autores de renombre como Walter Laqueur, Pedro Brieger, Noam Chomsky y Samuel Huntington han delineado los factores constitutivos del terrorismo internacional y los mecanismos por los cuales los actores no estatales intentan corroer el orden internacional de occidente.

Mientras que Laqueur (2003: 42) se refiere al fenómeno de manera incisiva como «[...] el asesinato sistemático, la mutilación criminal, y amenaza del inocente para crear miedo e intimidación para ganar un acto político o táctico y para ser ventajoso, normalmente para influir a un público», Pedro Brieger (2005) no logra abordar una definición precisa respecto a lo que puede considerarse terrorismo y lo expone como una noción problemática, cuyo significado varía según su contexto político, social e histórico. Explica que, en el caso de Al Qaeda, no existe un consenso explícito acerca de su verdadero origen, quiénes son sus integrantes, su/s líder/es oficiales y cuál es su estructura organizativa definitiva, la que puede ser jerárquica o constituida por redes interconectadas o independientes. Por tal razón, prefiere denominarlo a partir de una corriente social o de una ideología islámica que ha sido afectada por bin Laden y que busca embestir a Estados Unidos y sus aliados. Es decir, para Brieger, «el terrorismo “per se” no existe» (p. 1) e insiste en que es necesario superar el análisis reduccionista de «la marca de “Al Qaeda”» (p. 1) que dejó el 11-S, toda vez que se pretenda hacer alusión al fenómeno.



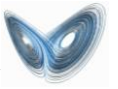


Por otro lado, Chomsky (2004) desarrolla una aproximación crítica a la política exterior norteamericana. Para ello, invita a trascender la concepción clásica del terrorismo como instrumento de defensa de los débiles, para pensarlo como el arma de los poderosos, que se benefician de esta herramienta por la ventaja de generar grandes efectos a costos mínimos. Asimismo, conduce a reflexionar sobre el rol de la potencia hegemónica como gendarme o policía del sistema internacional. En el momento en que la intervención militar ha superado el balance de la ayuda económica y social, Chomsky (2007) detecta un abuso de poder y ejercicio sistemático de la violencia militarizada por parte de Washington, durante las presidencias de Ronald Reagan, George H. W. Bush, Bill Clinton y George W. Bush.

En la lucha por la erradicación del eje del mal, irónicamente, Estados Unidos representa un riesgo para la preservación de la democracia y la paz mundiales: apelando a la doctrina de la guerra preventiva dirigida hacia los “Estados fallidos”, comete excesos que violan los tratados internacionales. E incluso, debido a la presencia de abundante petróleo en la región de Medio Oriente, las metas políticas que se proponen combatir el fenómeno terrorista son desplazadas por las estrategias geopolíticas. Si bien las persistentes intervenciones norteamericanas en los países árabes terminan por exacerbar la radicalización de la violencia y el terror islámicos, sin embargo, el autor concluye que, como Estados Unidos es el que ha iniciado la guerra, aquella particularidad lo convierte en el «Estado terrorista número uno» (Chomsky, 2014).

Por último, Samuel Huntington (2004: 249) destaca que «Al-Qaeda ha redefinido los parámetros de la violencia política, una organización terrorista en red capaz de atacar las debilidades de la sociedad democrática moderna, en la búsqueda de sus propios objetivos». Habiendo sobrevivido a la guerra de Afganistán de la década de 1980 – contexto en el cual se erigió como una organización patrocinada por las fuerzas occidentales – Al Qaeda se adaptó a los canales de la globalización y capitalizó el conocimiento que adquirió a lo largo de los años acerca de las vulnerabilidades de su principal enemigo, para resistir la opresión occidental desde el interior de sus bases. En expresión del autor: «Incorporando una operación de información conmovedora con una campaña diseñada para erosionar la superioridad física y moral del enemigo, la sagacidad de Al Qaeda eclipsa la amenaza terrorista tradicional» (2004: 250).

Con todo, los grandes debates que se han desplegado en la era contemporánea carecen aún de los recursos suficientes para lograr la aproximación más oportuna a la realidad de un fenómeno subterráneo que encubre entramados aún más complejos y dinámicos. Se ha



notado que los autores recaen, frecuentemente, en la categorización del fenómeno terrorista como un medio de reordenamiento del sistema internacional – desde los tiempos de la Guerra Fría e incluso después del 11-S – a disposición de Occidente, una afirmación que resulta evidentemente irrefutable ya que constituye la base de la justificación del accionar neoimperialista. Ahora bien, desde la mirada de Oriente, ciertos elementos o aspectos congruentes con los actos reivindicatorios o la aspiración a implementar proyectos políticos alternativos deben ser tenidos también en cuenta, si se pretende contemplar las dos caras de la misma moneda. De ahí que esta investigación ensayará, por añadidura, una visión complementaria, postulando al terrorismo internacional no sólo como un instrumento de orden en manos de Occidente, sino también como un elemento de orden en sí mismo.

Finalmente, se advierte que en los trabajos académicos se suele emplear el término caos de manera peyorativa e imprecisa, juzgándolo por antonomasia como ‘anarquía’, ‘confusión’ o ‘catástrofe’. Al respecto, este escrito seguirá los lineamientos de un marco teórico racionalmente sólido orientado por las contribuciones de la Teoría del Caos que propone, en su lugar, restituirle a esa expresión su estructura y su rigor inherentes. Se estima que sólo a través de la captura de la esencia de sus fundamentos y de sus preceptos se podrá recorrer todos sus niveles, desde su microfísica hasta su universo, y aspirar a ampliar el conocimiento que existe sobre la materia.